

Segundo Congreso Internacional de Ciencias Humanas "Actualidad de lo clásico y saberes en disputa de cara a la sociedad digital". Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, San Martín, 2022.

El posthumanismo y la deriva de lo humano. Una lectura desde Jean Baudrillard.

Cenci, Walter.

Cita:

Cenci, Walter (2022). *El posthumanismo y la deriva de lo humano. Una lectura desde Jean Baudrillard. Segundo Congreso Internacional de Ciencias Humanas "Actualidad de lo clásico y saberes en disputa de cara a la sociedad digital". Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, San Martín.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/2.congreso.internacional.de.ciencias.humanas/341>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoQd/cWM>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

El posthumanismo y la deriva de lo humano.

Una lectura desde Jean Baudrillard

Walter Cenci

“Cuando el mundo, o la realidad, encuentran en lo virtual su equivalente artificial, se vuelven inútiles. Cuando la clonación se basta para la reproducción de la especie, el sexo se convierte en una función inútil. Cuando todo se puede cifrar en códigos digitales, el lenguaje se convierte en una función inútil. Cuando todo se puede resumir en el cerebro y la red neuronal, el cuerpo se convierte en una función inútil. Cuando la informática y el automatismo maquinístico se bastan para la producción, el trabajo se convierte en una función inútil.”

Jean Baudrillard, *El intercambio imposible*.

“El Sputnik creó un nuevo medioambiente para el planeta. Por primera vez el mundo natural está completamente encapsulado en una envoltura hecha por el hombre. A partir del momento en que la Tierra se introduce en este nuevo artefacto, la naturaleza llega a su fin y nace la ecología. El pensamiento “ecológico” se vuelve inevitable en cuanto el planeta adquiere el estatus de obra de arte”

Marshall McLuhan

Dime en qué compañía o junto a quién vives, y yo te diré quién eres; describe a tu doble, a tu ángel custodio, a tu parásito, y reconoceré tu identidad.

Michel Serres, *Atlas*

La pregunta que mejor nos lleva a descubrir qué es algo puede ser interrogándose sobre lo que no es, su opuesto, su imposibilidad; sabiendo su ausencia o su antípoda descubrimos su condición propia. Así la negación, la oposición, el contrario han sido un mecanismo apropiado para descubrir lo propio que se quiere conocer. Este fue un procedimiento con los que indagaron los místicos medievales con la teología negativa, apofática: a Dios sólo lo conocemos por lo que no es. Del mismo modo, el principio de contradicción que presenta la lógica se convierte en una base fundamental del pensamiento deductivo, él preserva a los razonamientos de convertirse en absurdos, permitiendo descubrir por el contrario aquello que se quiere afirmar.

Siguiendo estas perspectivas, sería fundamental para comprender qué es lo humano, vislumbrar, dilucidar qué sería su opuesto: lo inhumano. Lo que inquieta del posthumanismo, no es su definición como opuesta como a la humano (que en esencia no lo es); sino en convertir a lo humano en algo que ya ha sido superado (o está en función de serlo): lo opuesto al posthumanismo sería, en realidad, el prehumanismo o el protohumanismo. De modo que la definición de lo humano queda aún en el misterio, y que todo

cuanto intentemos saber del posthumanismo, sería en relación con lo humano, un misterio sobre otro misterio, una ecuación de dos enigmas. Es decir, aquello que pueda concebirse sobre lo que se denomina posthumanismo y transhumanismo, tendrán necesariamente que referenciar a alguna versión de lo humano, sin ser una negación, lo implican necesariamente. Lo humano no es lo opuesto, sino la referencia necesaria de cualquier perspectiva posthumanista, la clave de toda extensión transhumanística. Lo humano y lo posthumano se resuelven en la ecuación entre ambos, teniendo como clave entender con qué dimensión de lo inhumano se ponen en juego.

Gemelidad y destino de lo humano

Para trazar la vinculación del humanismo con el post o transhumanismo, deberíamos primero dar una referencia a cuál sería la relación de lo humano con lo inhumano. Antes de introducirnos en las consideraciones específicas del posthumanismo, sucedáneas del desarrollo tecnológico, tanto en el orden de la digitalización informática, como el progreso en los desarrollos nantotecnológicos y sus aplicaciones biotecnológicas que auguran una integración del hombre con la inteligencia artificial, una tecnoeugenesia que volvería obsoletos a la degradación del cuerpo y de las facultades mentales, la propia vejez sería conjurada y se cristalizaría la expectativa de un vida indefinida. La hipótesis primera, obvia y necesaria es la suponer que esta perspectiva del posthumanismo abriga el cumplimiento de las fantasías más atávicas, procedentes de visiones animistas y míticas, pero sólo concretables desde la fuerza prometeica de la tecnología. Pero podríamos considerar otra hipótesis que esboza Baudrillard en dos textos, tanto en *Los exiliados del diálogo* como en *El paroxista indiferente*, presenta una noción que retoma del orden mitológico: los gemelos y su destino.

“De los dos gemelos, siempre hay uno que debe morir. Pero permanece allí, en lo recóndito, y la vida es un inmenso trabajo de desgemelización. Yo tendría mi pequeña teoría, al margen del psicoanálisis, sobre la ruptura fundamental. Para mí no es la que se produce respecto de los padres sino que la separación del gemelo original. Siempre somos dos al principio y debemos deshacernos de nuestro gemelo. Y sólo existimos verdaderamente cuando nos hemos desembarazado de él.”¹

Nunca somos uno mismo más que en relación con este doble, con este gemelo, con este genius que los latinos ubicaban en un lugar similar al gemelo que menciona Baudrillard y que es muy bien analizado por Giorgio Agamben. Este doble, es, en efecto, lo inhumano que habita con relación a lo humano, es aquello somos y no somos al mismo tiempo, y es el conjuro inicial que nos da la vida, pero que finalmente supone ser devuelto al final de la propia vida. Este es un tema central del posthumanismo: hacer que la muerte sea conjurada con todos sus signos relacionados como la vejez, la enfermedad, el deterioro de las facultades mentales, etc. La pregunta sería si en el posthumanismo sobre-

¹ Baudrillard, Jean y Valiente Noailles, Enrique, *Los exiliados del diálogo*, pág. 105.

vive el hombre, el sí mismo, que ha expurgado al otro por el conjuro tecnológico, o si, por el contrario, es el hombre mismo quien estaría desapareciendo, dando lugar a su gemelo clónico y artificial, si es ese otro el que finalmente despliega, vía la tecnología el potencial de supervivencia de manera ilimitada. Lo cierto, nos dice Baudrillard, que solo hay lugar para uno; el doble, el gemelo, el otro, son un acecho a la propia existencia. En lo posthumano, ya no hay lugar para lo humano, pero tampoco para lo inhumano. El doble, el gemelo, ya no son reflejos metafísicos de la propia existencia, sino realidades virtuales, operaciones digitales y tecnológicas que no tiene la resistencia de la física que determinan a lo humano, y sus posibilidades de desarrollo no tienen el horizonte acotado de la experiencia humana, en efecto son virtualmente ilimitados.

Dice Peter Sloterdijk: “Todos los partos son partos de mellizos; nadie viene al mundo sin compañía y sin anexo. A todo el que sube a la luz del mundo le sigue una Eurídice anónima, muda, no creada para verse. Lo que quedará, el individuo, lo no-más-divisible, es el resultado de un corte de separación que disgrega en niño y resto lo antes inseparable.”²

La íntima afinidad entre la propuesta de Baudrillard y Sloterdijk nos permite pensar la duplicidad originaria que debe ser reelaborado desde el nacimiento mismo, una división congénita que hace que lo humano debe ser en parte división y duplicidad, en efecto, parto aquí debe entenderse como partición, como separación, no sólo del vientre materno, sino de nuestro doble. En la mitología que recuerda Sloterdijk, ese doble puede ser también aquel del amor, del doble que debe a su vez litigar con su sombra, como recuerda la historia de Euridice, perdida nuevamente y para siempre por Orfeo por intentar mirarla antes del parto, de la llegada al mundo desde el Hades. Una suerte de mayéutica que escinde la dualidad, para dar lugar a la individualidad, al futuro proceso de la conciencia y del yo. No es casual que para Descartes sólo se puede llegar al “yo pienso, luego existo”, una vez conjurado al genio maligno. Cuando el genio piensa, el yo duda de sus pensamientos, salvo que a través de esta duda producida por el otro, por el genio, puede saber de su propia existencia.

Expone Sloterdijk que esta concepción de un doble, de un genio, de ente stereo que duplica desde el origen al individuo, es común en multiplicidad de tradiciones.

“Genio, gemelo, ángel de la guarda y alma exterior forman un grupo de concepciones elementales y longevas del segundo polo del dúo psicoférico. Todas esas figuras surgen de sustituciones del primer ahí, que dejó abierto en el individuo un lugar para compañía próxima y protectora. Pero mientras que el ahí y con fetal originario es esencialmente anónimo e inconsciente, los acompañantes posteriores tienen que ser representados bajo nombres públicos y conceptos intuitivos: sea en analogía con personas naturales, como en el caso del gemelo, sea al modelo de representaciones de invisibles sujetos de poder o espíritus, tales como los que podemos encontrar en el imaginario de todas las culturas.”³

² Sloterdijk, Peter, *Esferas*, pág. 375. Ed. Siruela.

³ *Op. Cit.* Pág. 396

Un doble protector y amenazante, alter ego de complicidad y de conjuro, que sigue una vez dado el nacimiento, una trayectoria desconocida, paralela, inconsciente; aquietante y perturbadora, recurrente en sus apariciones, en sus representaciones, afectando la vida anímica, intelectual, vincular, haciéndose público e íntimo, formando parte activa de la vida social y espiritual. Desde el mito de los andróginos de El Banquete, pasando por el genius romano, los ángeles protectores, hasta las figuras arquetípicas jungianas del yo y la sombra, se puede rastrear de múltiples modos esta dimensión ying y yang de la existencia, de su duplicidad y conjuro.

Es necesario plantear lo humano en el seno de este pacto con su doble, con lo inhumano que lo duplica, lo acecha y al mismo tiempo lo protege.

Lo humano, en esta versión que nos presenta Baudrillard, se sostiene sobre ese pacto con el gemelo, con esa sombra metafísica que declina su existencia a nuestro favor, pero con la cual seguimos vinculados de diversos modos. Es también lo inhumano que habita como dualidad necesaria de nuestra propia existencia, como pacto con aquello que no somos, porque en ese momento inicial donde se desdobra nuestra vida, él no prosiguió, o no prosiguió como cada uno de nosotros, sino en una forma paralela, fantasmal. Un buen ejemplo fue Salvador Dalí, cuyo hermano mayor, llamado también de ese modo, murió a los tres años y luego, cuando él nació recibió el mismo nombre. En su caso ese doble fantasmal de su hermano le precedió en cierto modo: su vida, su obra y su genio pueden ser comprendidos como la forma de lidiar, de pactar y exorcizar para poder concebirse a sí mismo. Su hermano, como un anticipo de su propia existencia, le precede y él debe ocupar y desocupar ese lugar, debe pactar simbólicamente y su arte puede ser la prenda de cambio de ese exorcismo.

En *El paroxista indiferente* Baudrillard expone esta idea del siguiente modo:

“Yo hablaría más bien de una especie de metapsicología, aquella en la que jamás somos uno solo, en la que nacemos en un estado doble y en la que cada cual está acosado por su propio gemelo, ya que la auténtica resolución del complejo de Edipo no es la separación del padre o la madre, sino de ese gemelo original. Hay que exorcizar a ese doble, conjurarlo para ser uno mismo, y es posible que jamás lo consigamos del todo. Estamos acosados por esta geminidad fantasma, por esta reduplicación de lo idéntico, y siempre con la amenaza de confundirnos con ella. Por este motivo la alteridad venida de afuera, cualquier forma de seducción venida de afuera, nos libera de la presencia fatal de ese gemelo fantasmal. Los que permanecen pegados a él son unos muertos vivientes. Y todos lo somos en cierto modo, atrapados en una identidad maléfica. La singularidad sólo puede venir del desdoblamiento y de una ruptura de la simetría.”⁴

Esta hipótesis que expone Baudrillard y que congeniamos para pensar a lo humano, a lo inhumano y a la eventualidad de lo posthumano, antes que tecnológica es metafísica, y antes que metafísica es metapsicológica. Allí, nos centramos en el sí mismo (Baudrillard no especifica si es el yo, el sujeto, el individuo, etc., solo parece indicar una suerte de identidad que funciona en relación con una alteridad) y su doble. Entre ambos,

⁴ Baudrillard, Jean, *El paroxista indiferente*, pág. 147. Ed. Anagrama.

en ese juego de gemelidad, que es la que configura a lo humano y lo inhumano cohabitando, una suerte de extrañeza en la mismidad, de sombra de sí mismo, de la cual debemos perder la simetría para dar lugar a la existencia. Cómo pactamos con esa gemelidad, con esa dualidad, con esa simetría, es clave de nuestra existencia, una presencia unheimlich como describiría Freud, que puede generar tanto la inminencia de un horror o de un hecho estético.

El doble virtual o lo sombra cibernética

No hay un mismo lugar por el sí mismo y para su doble, repite Baudrillard. Y así como el universo habría nacido en la simetría de las partículas y antipartículas, pero luego las partículas de algún modo superaron a las antipartículas, del mismo modo en cada existencia individual habría una dinámica similar: cada existencia guarda la sombra de un gemelo que ha debido vencer para darse la existencia. Como el Homo Sapiens que desterró al Neandertal. Como el cyborg que convivirá con nosotros hasta que seamos sólo una sombra de él, su antipartícula. Un doble que se adueñará del mundo que habitamos, nos robará el universo del que somos parte constituyente, una vez conjurada la otra parte, que somos nosotros mismos para el cyborg. Podríamos pensar, usando esta hipótesis de la gemelidad conjurada, que la cuestión que hoy se plantea del posthumanismo, remonta a esta dinámica psicológica y antropológica, antes que tecnológica y científica.

Expone Baudrillard en *La ilusión vital*: “La mayor parte del tiempo esta gemelaridad permanece oscura y simbólica, pero cuando se materializa, ilumina el misterio de la separación simbólica, de la división invisible que se encuentra en el corazón de cada uno de nosotros. (Es más, hay algunos que sostienen haber descubierto su rastro biológico.) De esta división interna, seguramente, viene lo sagrado, o más bien el carácter maldito de la gemelaridad en todas las culturas. En la nuestra, sin embargo, también vemos la otra cara de ese lado maldito: el resentimiento interminable y el remordimiento asociado con la individuación. En efecto, es sólo a través de esta separación original, esta división “ontológica” del gemelo, que el ser individual aparece primero y, con él, la posibilidad de alteridad y de una relación dual. Y por tanto estamos individuados, y nos sentimos orgullosos de ello; pero en algún lugar dentro de nosotros, en un inconsciente todavía más profundo que el inconsciente psicológico, nunca venceremos, nunca aceptaremos completamente esta separación y esta individuación.”⁵

La tensión propia de esta gemelidad descrita por Baudrillard se entrama y se proyecta en la disputa entre la *forma simbólica* de pactar entre estas dos partes, entre estos gemelos, en el juego de identidad y alteridad, y la *forma* materializada, hoy posible en los recursos tecnológicos. Pero esta tensión, esta ambivalencia esencial no debe poder materializarse, a riesgo de entrar en esa fase descrita por Nietzsche del resentimiento, pero no sólo en el sentido moral, sino en el profundo sentido antropológico y psicológico del

⁵ Baudrillard, Jean, *La ilusión vital*, pág. 11-12.

individuo que ha perdido su alteridad. El rechaza a ese otro que finalmente termina siendo un rechazo de sí mismo. Sería una suerte de melancolía, ya que ese otro al cual se intenta extirpar termina siendo una sombra que cae sobre el sí mismo, y su eliminación termina siendo un auto infringimiento, una condena que se acusa a sí mismo. Ese riesgo de una melancolía crónica, que sólo se recuperaría o por un salto de la especie en sí misma o por una delegación al otro en supervivencia. Como Etéocles y Polinices disputándose el reinado de la ciudad (a riesgo de morir cada uno en mano del otro).

Al mismo tiempo, Baudrillard rastrea el origen mismo de la experiencia de lo sagrado en esta irrupción del destino gemelo, en su fractura simbólica, en la necesidad de conjurar a ese doble, a esa parte maldita como expresa George Bataille. La separación es fundamental para la alteridad y la individualidad y poder establecer un vínculo simbólico es la clave de su relación. Lo sagrado sucede cuando ese otro, ese gemelo metapsicológico, es portador de la posibilidad de una experiencia de alteridad para el hombre, impulsora de un orden ritual y simbólico.

El doble y el sueño de la in-mortalidad

En su trabajo *Das Unheimlich* Freud postula la condición del doble como una presencia que garantiza la supervivencia, la protección frente a los riesgos de integridad o fracaso del sujeto, pero ese pacto supone a su vez un riesgo, una posibilidad de quedar a merced de ese pacto, y de un retorno ominoso de la condición especular. Y ese retorno es el de la muerte, que se presentifica desde la ilusión de inmortalidad.

Dice Baudrillard en su texto *La ilusión vital*: “Hay algo escondido dentro de nosotros: nuestra propia muerte. Pero algo más está oculto, al acecho, dentro de cada una de nuestras células: el olvido de la muerte. En las células acecha nuestra inmortalidad. Es habitual hablar de la lucha de la vida contra la muerte, pero hay un peligro inverso. Y tenemos que luchar contra la posibilidad de que no muramos. Ante la más ligera vacilación en la lucha por la muerte —una lucha por la división, por el sexo, por la alteridad y, por tanto, por la muerte— los seres vivos se vuelven de nuevo indivisibles, idénticos entre sí e inmortales.”⁶

Elemento crucial en esta perspectiva del sueño de inmortalidad es la eliminación de toda dualidad, de toda alteridad en función de una desmultiplicación de lo mismo. En biología ya habita esta tensión de la repetición de la apoptosis celular: el olvido de morir, ese empecinamiento por la reproducción indómita de la mismo en cada célula, y por tanto una suerte de descontrol de la información genética que debe transmitirse sin alteración de una a otra (que no es más que la réplica de sí misma). La alteridad del doble, de la sexualidad, de la alteridad que proviene de una extrañeza de algo consigo mismo, desaparece en la demultiplicación de lo mismo en lo mismo. Y en ese extremo la pregunta sería

⁶ Op. Cit. Pág. 13.

qué queda de lo humano cuando se extirpa de él su doble, a riesgo que sea lo humano mismo quien se extermina en esa ruptura de la gemelidad metafísica y psicológica.

Ese riesgo es el que está en juego en esta aventura posthumanista.

“Pero quizá podamos ver esto como una especie de aventura, una prueba heroica: llevar la artificialización de los seres vivos lo más lejos posible para ver, finalmente, qué parte de la naturaleza humana sobrevive a la gran y terrible experiencia. Si descubrimos que no todo puede ser clonado, simulado, programado, gestionado genética y neurológicamente, entonces sea lo que sea lo que sobreviva podría de verdad llamarse “humano”: se podría identificar por fin alguna cualidad humana inalienable e indestructible. Por supuesto, esta aventura siempre conllevará el riesgo de que nada pase la prueba y que lo humano será permanentemente erradicado.”⁷

Esta aventura corre el riesgo de dejar de ser heroica para ser hipertélica, en un doble sentido: es una copia de lo humano, una mimesis hasta el paroxismo de lo humano por la artificialidad, y al mismo tiempo, es un hipertelos, un más allá del fin, donde todo lo que de lo humano puede ser reproducido artificialmente lo será, dejando todo sombra de lado, toda alienación con otro, para ser una réplica de sí sin alteridad: indestructible a su modo. Resta saber si lo más íntimo de lo humano es clonable, si la finalidad sin fin que le es inherente contiene su propia muerte, su efecto sacrificial, antes que una ramificación de sí sin trascendencia. No se trata de sobrevivir artificialmente, sino de lograr una trascendencia en la inmanencia, como propondría Spinoza.

⁷ Op. Cit. pág. 13.4.